

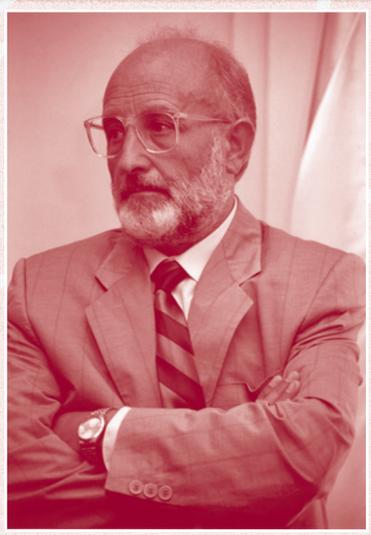
Febrero 2017

# La Curruja

Revista Cultural Independiente - Nº 16 - Segunda época



# SCHOPENHAUER



Pepe Álvarez de Paz

La lluvia amarilla sobre los manteles  
El fuego bacteriano sobre la Peral  
Las telarañas en la bocamina  
El castaño mordido por el chancro  
Los brazos extendidos bajo el sol.  
La cigüeña sin nido y sin pareja  
Por la demora en el vuelo de regreso.  
Esa mujer que camina insegura  
A dos pasos de su maltratador.  
Aquel “que mira que te mira Dios”  
Aquel “que mira que te está mirando”.  
Aquel niño que se tapa la cara  
Para no ver la suya al sacauntos.

El venado embocado por el rifle  
Con mecanismo de repetición.  
La corza delatada por sus huellas  
Que los inocentes no saben borrar.  
Los destrozos del viento en la Chopera  
Y su murmullo airado entre los pinos.  
El petirrojo varado en la nevada.  
La lechuza que espera al estornino  
En la noche negra del palomar.

Todo por no saber que todo es uno,  
Por no saber dudar de lo que somos,  
Por ignorar el arte de vivir,  
Por ir más a los libros que a la vida  
Y olvidar que después de usar las cosas  
Hay que pasar revista a lo de todos.



# Índice

Pepe Álvarez de Paz	
<b>Schopenhauer</b> .....	2
Javier Arias Nogaledo	
<b>El regador de Noceda</b> .....	4
Manuel Cuenya	
<b>La muerte en el útero de Gistredo</b> .....	9
Tono Sahagún	
<b>Viaxe al valle gordo</b> .....	12
Miguel Ángel García Rodríguez	
<b>Tiempos extremos</b> .....	16
Manuel Cuenya	
<b>Pachín, un nocedense de mundo</b> .....	19
<b>Entrevista a Pepe Álvarez de Paz en <i>el Faro de Vigo</i></b> .....	22
Laly del Blanco Tejerina	
<b>Amasando cansancios</b> .....	28
Valentín Carrera	
<b>Pepe de Noceda, el último herrero del Bierzo</b> .....	31
Susana Barragués Sainz	
<b>La pelota</b> .....	34

## El regador de Noceda

*Javier Arias Nogaledo*

Cuando ni tan siquiera éramos adolescentes, todavía niños, en las noches de verano siempre nos juntábamos los amigos a jugar en la plaza de San Isidro.

Eran los tiempos en que la gente tenía la buena costumbre de sacar las sillas o el escaño delante de casa y se formaban tertulias. Aún pasarían unos años más hasta que bien por propia

iniciativa o por recomendación médica dejó de estar sentada para pasear por las noches, hecho éste por otra parte muy saludable y placentero.

Pero a lo que iba, recién estrenada la ahora inexistente fuente del pato nos quedábamos charlando de cualquier cosa mientras que poco a poco los mayores se iban recogiendo a sus casas.

“Guajes no os quedéis hasta muy



Alberto Casajo (el regador) con su mujer Consuelo

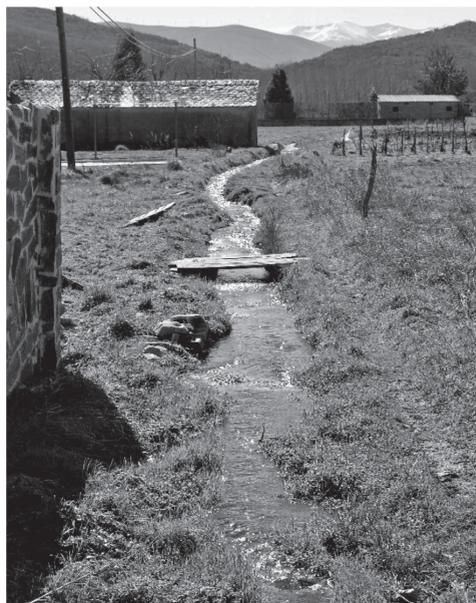
tarde, no habléis alto que se oye todo y no nos dejáis dormir”, nos decían los vecinos que vivían en la misma plaza.

Y cuando el silencio era absoluto y lo más que se oía era un lejano ladrido de un perro, un maullido o el balido de una oveja insomne (se ve que no se contaba a sí misma para dormirse) nos quedaba simplemente el sonido de nuestras voces, y el ruido mágico y envolvente del agua al bajar por las presas.

Porque es cierto, yo lo vi, el agua como el abono, el barro o los restos de pajas o alfalfa formaba parte del paisaje diario de las calles de nuestro querido pueblo, como también la poca luz que existía por las noches, cada cien metros una triste bombilla.

Así, un suponer, a las dos de la mañana, sentados junto al pato de cemento, veíamos una luz lejana que se iba acercando. Si la luz que enfocaba al suelo tardaba en venir hacia nosotros era que la persona que la portaba venía andando. Se trataba del regador con su linterna en la mano. “Guajes, no son horas de estar hablando, hay que ir a la cama”. “Sí, ahora vamos”.

Nosotros por nuestra parte, al ver la luz lejana nos quedábamos en silencio y un poco tensos hasta descubrir el misterio.



Presa del Codesal

Si por el contrario esa misma luz se acercaba a gran velocidad era que el regador bajaba en bicicleta, pueblo abajo, y la mayoría de las veces no se paraba a decirnos nada, pero si se sorprendía de que estuviésemos allí a esas horas.

He de decir que nunca fui a regar y menos de noche. A lo sumo fui de acompañante con algún amigo o con mi hermano al Codesal, espacio mítico de tierras y agua.

También recuerdo que algunas noches antes de acostarme, en la casa de la abuela y delante de la puerta, mi tío Antolín dejaba preparadas las botas y la *batedera*, señal inequívoca de que esa noche tocaba ir a regar, los *praos*

de noche, de día las huertas. De tal forma, en mitad de la noche venían a tocar a la puerta o a llamar a mi tío a viva voz (la vecera), ya que no existía un horario fijo de riego, siempre dependía de cuando acababa el anterior “dueño” del agua, si bajaba mucha o poca o digámoslo sin rodeos, si el vecino regador era rápido o se lo tomaba con calma.

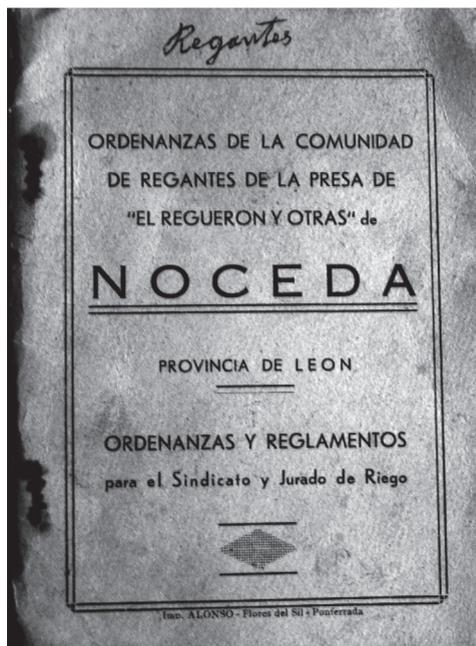
Desconozco en otros pueblos pero en Noceda el tema del agua siempre ha sido algo muy serio, y por un quítame allá esas aguas te bajaban un *rachonazo nel llombo* en menos que cantaba un gallo, y de esto fui testigo, en concreto en Llamillas.

Un día rastreando en el desván encontré un pequeño libro, una joyita. ¡Cuántas no habrá en cada una de las casas del pueblo! en forma de libros, fotos, cartas o documentos olvidados.

El libro en cuestión se titula literalmente así:

*ORDENANZAS DE LA COMUNIDAD DE REGANTES DE LA PRESA DE “EL REGUERÓN Y OTRAS” DE NOCEDA.*

En la penúltima página dice que estas ordenanzas fueron aprobadas por la Comunidad en Noceda el 26 de septiembre de 1961 firmado: Antonio García, José Rodríguez, José Arias y otros.



Por supuesto que no es mi intención aburrir con leyes y normas pero si me gustaría comentar algunas de las curiosidades que contiene el librito.

Por ejemplo, pertenecían a Noceda 14 tomas de agua, a saber:

1) Presa del Reguerón en el paso Los Arcos con cinco acequias o brazales, llamadas “Fontoria, la Caballera, Santo Cristo, las Moranas y el Codesal”.

2) La Costrolla con una acequia denominada “Trascasa” y otras “Huertas de la calle de arriba del barrio de Río”

3) Revuelo, 4) Mariavivas, 5) Las Fuestas, 6) Raja, 7) Prado Leche, 8) El Humeral y Vega, 9) Las Canales y Entralgos, 10) La Vega de los Campos, 11) El Gacho, 12) El Humeral

de Arriba, 13) Los Arenales y 14) La Chapacuña.

La cantidad de agua para el regadío es de 255 l. / segundo derivada del río Noceda, teniendo como destino prados y el resto al cultivo de patatas, remolacha, alubias, maíz y otras hortalizas.

La extensión superficial es de 120,75 hectáreas y los límites son: al norte los parajes de El Cubillo y la Perra, al este Chanos, Revuelo y Llamillas, al sur Valdequiso y los Campos y al oeste las Chanas.

La toma de Chapacuña separada del anterior es de 50 áreas de superficie y limita al este y sur con el río Noceda y al oeste y norte con el Camino Vecinal que une Bembibre y Noceda.

En el artículo 25 se lee que cada 2 de marzo (día del reguero) y primero de junio de cada año, se hará ordinariamente una monda o limpia, del cauce y acequias de la presa de “El Reguerón” y la revisión de las llamadas “antiguas” o servidumbre de cada finca.

La reparación del puerto o presa se hará en el mes de septiembre por ser el mes de mayor estiaje.

En el apartado de faltas, indemnizaciones y penas las multas podían ir desde las 25 pesetas, por ejemplo: “el que dejara pastar cualquier animal de

su pertenencia en los cauces y márgenes o el que practique abrevaderos en los cauces 100 pesetas.” Esto sería por daños en las obras.

En el uso del agua, “el que no fuese a regar previamente avisado a su debido tiempo 50 pesetas”, “el que die-  
ra lugar a que el agua se pierda sin ser aprovechada sin avisar 100 pesetas”.

Si alguien iba de listo y aprovechara un exceso de agua y tomara más de la que le correspondía 25 pesetas, amén de utilizar ésta más tiempo del que tenía derecho.

El que tomara agua de la acequia general, a brazo o por otros medios, 100 pesetas, tampoco se podía dejar abrevar ganados y caballerías en otros sitios que los destinados a este objeto, ni por supuesto lavar ropas sin autorización de la Comunidad en dichas aguas. La multa más grave, de 200 a 500 pesetas, era para el que aumentase la fuerza motriz de un salto utilizado por la industria y embalsara abusivamente agua en los cauces.

Para acabar, el último que cierre la puerta, si eras el último en regar y no había nadie más había que cerrar la misma toma, módulo o partidor y así evitar que el agua corriese inútilmente y se perdiera por los escurridores. Si no lo hacías 50 ptas.

Finalmente en otro artículo se lee: “Se nombrarán dos regadores encargados de la ordenación y vigilancia continua de las aguas desde el 15 de junio al 15 de septiembre inclusive. Uno para la presa del Reguerón y otro para la del Mouro. Su nombramiento y retribución diaria será fijado por la Comunidad en reunión del mes de junio y su paga correrá a cargo de la misma”.

Posteriormente de dos regadores se pasó a la elección de uno. Como he comentado al principio de este artículo yo sólo he conocido a un regador para todo el pueblo. Normalmente el



concejo se reunía en la plaza de San Isidro. En este tipo de reuniones se postulaban para un solo puesto dos o tres personas.

Cada uno ponía su precio o condiciones y después el resto de vecinos elegían o votaban a su favorito. No siempre se elegía al candidato más económico, sino a la persona que el pueblo creía que era el más serio, formal o competente para el puesto de regador.

En este sentido un hombre que se ganó una merecida fama de buen regador fue Angelón (Toribio), si bien al que más recuerdo era Alberto (Casajo) y tampoco me olvido de Isaac.

Sirvan estos ejemplos representativos de tres personas que no están ya con nosotros, como sencillo homenaje a un puesto vigilante, nada fácil por aquello de las siempre complicadas relaciones entre las personas y más en un ámbito tan reducido como Noceda.

Aunque actualmente se sigue regando en el pueblo, la figura del regador desapareció de las calles, huertas y *praos*, en la plaza de San Isidro, donde tampoco está la fuente del pato, las presas por donde va el agua apenas ni se ven, pero afortunadamente hay niños y adolescentes que se siguen quedando en las noches de verano a jugar y charlar. ◆

## La muerte en el útero de Gistredo

*Manuel Cuenya*

Que la muerte lo preside todo es un hecho bien palpable. No hace falta ser muy espabilados ni espabiladas para darse cuenta de esta obviedad.

Pero a menudo nos resistimos a admitirlo, a saber que tarde o temprano (más pronto que tarde) nos iremos todos por el mismo sendero, hacia la nada, claro está. Polvo somos y en polvo nos convertiremos, polvo intergaláctico. Dicho así hasta suena a lírica.

No quiero ser pesimista, sólo deseo entender lo que a priori podría resultarnos absurdo, irracional, sobre todo en nuestro mundo occidental, donde la vida es algo sagrado. O lo parece. O eso nos venden, cuando la realidad es otra, hartamente cruel y demoledora. Bueno, no tanto, sobre todo si hacemos memoria y nos vienen a mientes la Primera y Segunda Guerras Mundiales, Holocausto incluido, además de nuestra Guerra Civil y otras guerras, que convirtieran a Europa en un gran cementerio.

Que la vida vale muy poco, o nada,

como en México, por ejemplo, lo sabemos de buena tinta. Y que la vida no vale un carajo en tantos lugares del orbe terrestre es algo absolutamente real. No hay más que arrojar la vista hacia África, el polvorín oriental, la América al completo (si exceptuamos, quizá, Canadá).

La muerte nos ha dado un buen mazazo este año. Nos ha atizado duro, arañándonos las entrañas. Este año hemos asistido a la muerte de gente cercana, querida, muy querida, como el caso de mi padre, al que siempre tendré presente, en esta y en todas las épocas del año.

Mortal (y poco rosa), por decirlo a lo Umbral (que compuso su prosa poética tras la muerte de su hijo Pincho) se ha revelado este 2016, que ha venido, como digo, cargado de muerte, con aguinaldos sombríos.

En este caso Tánatos ha vencido por goleada a Eros, que se ha visto mermando, casi anulado, en un partido sólo apto para personal a prueba de bombas.

Y ahora no nos queda más remedio —acaso haciendo corazón de tripas— que darle realce al Eros, sacarlo a flote en este mar de marejadas. Pero no debemos olvidarnos de Tánatos, que sigue ahí, ojo avizor, escondido tras las sebes, agazapado como una puta o puto (hija o hijo de su chingada) tras los motojos de un bosque que nos impide ver los árboles.

Sólo en el útero de Gistredo se habla de unas dieciséis o diecisiete muertes: Carmen, la de Isaac, Pepita, la de Tomasón, Felicitas (Fita), la mujer del Alemán, Antonina, la de Tomás Nogaledo (lamento que la muerte de esta señora, madre de buenos amigos, me



El escritor y periodista Valentín Carrera con  
Pepe Furil

pillara fuera, viajando por Holanda), la madre de Maika (con quien me siento hermanado en el dolor), Pepe Furil, el herrador, Feliciano Caído, el del Hon-do Lugar, Jose, el hermano de Eladia (la ponchera oficial de Noceda)... son algunas de las muertas y muertos de este año negro en Noceda del Bierzo. Siento no acordarme ahora mismo de todos y todas. Las cifras, para un pueblo tan escaso en población (sobre todo joven), espeluznan.

Dan ganas de salir corriendo. ¿Adónde? Si la muerte siempre corre tanto o más veloz que uno mismo. Y conoce cada escondrijo como la palma de su mano, en realidad de la nuestra, porque la muerte la llevamos con nosotros, por eso a veces se nos pone cara de muertos o de muertas. El muerto o muerta que seremos (que somos, incluso) nos delata.

A medida que transcurre el tiempo, uno se hace más consciente del mundo en que vivimos/morimos. Y ya nada es igual. Ya nada será igual después de la muerte de un ser tan querido.

Cuando éramos jóvenes veíamos el mundo con ojos de asombro, cuando éramos niños disfrutábamos de ese tiempo que parecía extenderse más allá del infinito curvado del universo. Entonces, todo era vida y dulzura, espe-

ranza nuestra (joder, me ha salido vena catolicon, qué rancio me he puesto). Pero a partir de la conciencia cercana de la muerte, del paso inexorable del tiempo, la supuesta felicidad, la tan ansiada ataraxia, se queda fuera de onda.

El mes de abril, después de danzar por dunas de ensueño y contemplar un firmamento estrellado y protector, me llegó el gran golpe. Como si esa templanza contemplativa se rompiera de golpe y porrazo. Nunca lo olvidaré, nunca olvidaré cómo, al salir de las clases de escritura que imparto en León, se me nubló el cuerpo y la mirada se me puso del color de la muerte. Y tengo la impresión de seguir con ojos de muerto.

Recientemente, mi vecina la señora Josefa (la mujer del ya fallecido señor



Josefa, mi vecina

Felipe), que era casi casi hermana de mi padre y una madre para mi familia, también nos dijo adiós, mientras uno andaba danzando por el Sur de España (delante del Cenachero de Málaga me encontraba justo en ese instante).

La noticia me la comunicó, vía whatsApp, mi amigo Jose, a quien agradezco que me lo dijera, aunque ya fuera tarde para poder asistir a su funeral. Lo sentí y lo siento en el alma porque sabía (ella misma lo llegó a verbalizar) que, tras el fallecimiento de mi padre, a ella se le había ido un hermano, con quien compartía charlas, complicidad, tantas y tantas cosas.

Me da una tristeza enorme que, personas tan cercanas, se vayan.

También, a lo largo de este brutal año, se nos ha ido Maisi, la mujer de Paco, de Robledo de las Traviesas, el hermano mayor de mi cuñado Benjamín. Y hace nada Gildo, a quien veía, siempre campechano y jovial, haciendo sus rondas, tomando sus vinos. Bueno, hacía tiempo que este buen hombre no andaba nada bien.

La escabechina es grande, copiosa. Y, a este paso, Noceda del Bierzo se convertirá, no tardando, en un cementerio. Escalofríos me da sólo de pensarlo.



## Viaxe al valle gordo

*Tono Sahagún*

**A**lboriaba un mercores de pre-mediaus el siglo pasa una sierra Los Nóculus. Pur illí diban pal Valle Gordo, a caballo los sous burros Juan el Tete e Ventura, a mercari patacas de sembra. Llievaban lus serones pregaus enriba las rudiellas pa que nun estorberan a las caballeirias. Nestas que el serón de Ventura enganchousei nun gavanzo y el animalicu pegouse un trompezón e estrambangose contra el outro burro que por pouco mas, esmórranse los catro.

–Mal rayu que susto llevei. –Diju Ventura– pensei que nos dabamos un xostrazo.

Un buen cacho mas parriba escomenzou el perrin del Tete a lladrar e curren por un llamazo detrás duna raposa que andaba escabariando e fucicando en busca de ratos; la mesma fuyiou apriosa pa los matiellos, espavorecida amás pur las vozacas que, riendose, yi daban eillos. Endispués e allegando a lalto la sierra, escomenzou a lluver e diju Juan:

–Tira pa embajo aquiellas peñascas Ventura, a vé se conus paraugas, poderemos resguadianos.

De illí un ratico escomenzou aclariar y fuei parando de lluviscar.

–Nun fuei más que un ñublao, peru mira: mujonunse los albardones, asina que mentres se secan, hay que dir a pía.– Dijú ventura.

Al ratu llegonun a fasgar e atoponunse cun un vicin que diba a dayis de almorzar a los sous cochos; llivaba un caldeiro con cocio e una cazada de fariña en cada man.

–¡Bonos días, señor! – saludonun los viaxeiros.

–¡Bonos días! – Respondioyis. Onde venides parexa.

–Soumus chuetes del Bierzo Alto. Queríamos mercari unas pataticas pa semente.

–Ome, teiño you dalgunas. ¿Cuántas queredes?

–Unas seis arrobas, poucu mas u menos. ¿A cumu las vendes?

–You cobrulas a duas pesetas kilo.

–Güeno miri. Vamos dir mas paba-  
jo teñemos que mercá una vaca tamién.

Encaminaronse a Posada de Omaña  
onde allegaron al megodia. Nastonces  
diju Ventura:

–Veleallí, naqueilla choupeira yía  
onde teñemos que dejá las caballeirias,  
o seiya, la “asturianada” cumo dicen  
iquina. – Llamou al suo perrin: Sapi  
toma e cuida los burrus –dijoi–. E dio-  
yi un bucadin de pan duru.

–Nun teñas medo, que el perrin  
nun se aparta de eillos.

–Agora vamos dir a ca de un com-  
pañeirio miou de la mili na África, al  
allegar illina chamaou:

–Il señor Xulio Crespo.

–Ensina, aiquí yia. – Contestonun-  
yis.

–Ome Ventura ¿Qué yia lo que te  
trae por iquina?

–Pus veras: venimos you e Juan a  
mercar unas pataticas pa embelgar.  
Pero anantes dime: ¿cumu está la tua  
agentica?

–Ome, gracias. Pur eiquí andan, las  
duas pequeñías na escola e loutro va pa  
las minas de Valdesamario. ¿ e los tous?

–Ben, ben. Pur eillí quedonum cun  
mas ganas de cumé que de trabayar.

–Alégrome deillo. Las nuevas pa-  
tacas vendimuslas ya, peru vamos dir  
ca Tomasón que un yi quedan. Direyi  
que vus las dea buenas e baraticas.

Na ca Tomasón había a lu mesmo  
giente de La Bañeza, del Páramo e ou-  
tros llugares. Cuando acabou cun eillos  
iste perguntoiyi a Xulio: –¿cunoceslos?

–Si ome, yian compañeiros de la  
mili, faiyes ben la tratación.

–De min nun van a queixase. Vede:  
son sacos de catro arrobas que ya tengu  
pesaus.

–¿A cumu valen? –Perguntoyi El  
Tete.

–A peseta el kilo, peru pur sacos son  
cuarenta, catro pesetas menos. ¿Quere-  
des que vus las pese?

–Non dijiu Ventura, ayudenos a  
meté en cada llau del serón, e denos  
dous sacos.

Feichu el reparto lus sacos nos se-  
rones e cubradas las patacas, Tomasón  
convidoulus a un neto de vino.

Andipué e cunus serones algo pre-  
gaus encimba el lombo, turnaron a ca  
Xulio que dijuis:

–Entrade a comé un bocadin.

–Pero pouco rato que fasenus tarde.  
–Diju Ventura.

Persenta pusois regiellas e jamón,  
e fizoi un fervudo e fablois: –astiaño  
quedeimos sen mel porque baixou un  
oso que megodiaba pur Colinas e Los  
Montes, e destrozonus los enxambres.  
Asegún el mur mur, catarunlu en Ci-  
rujales.

–Güeno teñemos que dir pallá, se podemos durmiremos en Colinas, que Dios vos lo pague.

Dioyis la man Xulio e dijuis: – Neste ivierno diremos pul Bierzo cun cuchares, aguiadas de abrano e outras cousas pa trayiér garbanzos, fabas e cousas que nun se crian eiquí. Cundios amigos mieus.

Fuerun despúas onde la asturiana-da, pusienun lus serones enriba los burrus e dieron las peleiyas el jamón al perrín, e arriaron pa Fasgar.

A media tardecica allegaron al llugar e facieron una paradeira nuna tasca, neilla entrou Juan mentras Ventura vixilaba las caballeirias cunas patacas. Saliou loutro cun dous netos de vino que, cumu teñían sede icharon parriba dun tragu, e Ventura dioui al Tete dous riales pa que mercara outro llapón nos mesmos vasos.



Los Montes

Denseguida arriaron pa Colinas, eilí atopáronse cono vicin de pur la mañana desmorgazando un regacho por onde metía un augual pa un prau, e dijoi: – Ome chuetes ¿ Nun mercastedes la vaca, e las patacas, cumu vos las cubrarun?.

–¡A ti que coiro te importa! – Dijoi El Tete inritao.

–Güei que dimoñico ¡Que tious mas cochos!

–Ome, asina cumo tu teñemos dous nas nuevas cortes. ¡Arre burru! – Contestoiye Ventura. E sin faceye mas causo, seguieron el sou caminu.

–Sabes quien yiera aquese cabrón. – Diju Ventura– un fulleiro que fuei a un juicio a Igüeña e cumu yi pagarun cun nada anduvo diciendo: “tienti dimoñicu, bajá dende Fasgar a Igüeña a xurar en falso pur un vaso de vino malo”. Ya

viste que quisu cobranus las patacas el dobre. ¿A nos diba engañifanos? ¡Sí, sí! – E riyenrunse un rato.

Apriesa arriaron pa Culinas a onde allegaron a la tardecina e acordaron quedase a durmir nuna cantina onde pur dous duros dieronis escabeche,

pan e una jarrada de vino, amás una mañiza yerba pa los animalicus. Pa durmir deixaronis una corte onde teñían xergones e dous cobertores; illí adormecieron cunus burrus y el perro.

Al amanecerín, Ventura alborozou a Juan e dijui: –Nun podemos asperar a ichar la parva, asina que acargar y arriando pa Igüeña.

Allegando a la encrucuada del sou caminu cunel que diba pa Los Montes la Ermita atopáronse cun una muerica que debía venir de Igüeña, que arriou palantre sen deciyis nada. Llivaba una perrica que alcontrabase alta y el perrin currió tras deilla, sen que lu vieran. Depuas uyeronla dicir:

–¡Vaite de aquí, cabrón!

–¡Cus, cus, ven Sapi cus! – Vociou Tete.

–Pero los canes nun ficieron causo denguno e escaparonse pa los matiellos.

–Pus nos arriamos.– Diju Tete– lu pior yía que la señora va esfoirada de miedo.

Riyeronse outro buen cacho. Al megodía llegarun al sou pueblo justamente a la hora la janta. Nastonces el fyiou El Tete, Dorín preguntoyis:

–Papá veiyes ¡A que me perdiste el perrin!

Unus cuantos días despuas, el domingo de ramos, allegou el animalicu esfamiau mentres habían fuendo a misa.



Igüeña

## Tiempos extremos

*Miguel Ángel García Rodríguez.*

Corresponsal de TVE en Berlín

Dicen que tu verdadera patria es tu infancia. Quintana de Fuseros (El Bierzo, León) es para mí la Arcadia feliz, ese paraíso terrenal atávico donde localizamos nuestro mito, el centro sobre el que gira el ciclo nacimiento, muerte, resurrección.

En Arcadia feliz todos los adjetivos son epítetos: los ríos corren cristalinos

entre las majestuosas piedras, bajo la sombra de frondosos árboles, acompañados de trinar de pájaros, regando verdes prados y fértiles huertas. Un mundo mitológico construido con percepciones sensoriales, unas reales, otras idealizadas, todas cuajadas en el tamiz mágico de la infancia y horneadas a fuego lento y a distancia con el paso del tiempo.



Quintana de Fuseros

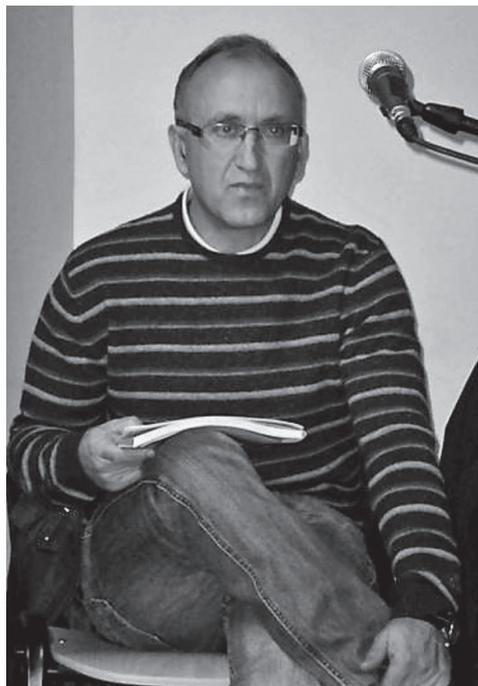
Hasta un niño –yo viví allí hasta los 7 años, el periodo del pensamiento mágico- sabe que, en realidad, la Arcadia feliz no existe, que es la idealización de un mundo en el que la Naturaleza impone su Ley, la lucha por la vida. Y en Quintana, la lucha por la vida a finales de la década de los 50 del pasado siglo y comienzos de la década de los 60, era una verdadera lucha, dura y esforzada. Desde el punto de vista de un niño actual una lucha brutal, pero para mí, por aquel entonces, era casi el Edén perfecto, no podía imaginar un lugar mejor sobre la tierra. Aunque he visto otros paisajes que la superan, Quinta-

na es mi patria porque es mi infancia, y como la mía fue feliz, Quintana es mi Arcadia feliz.

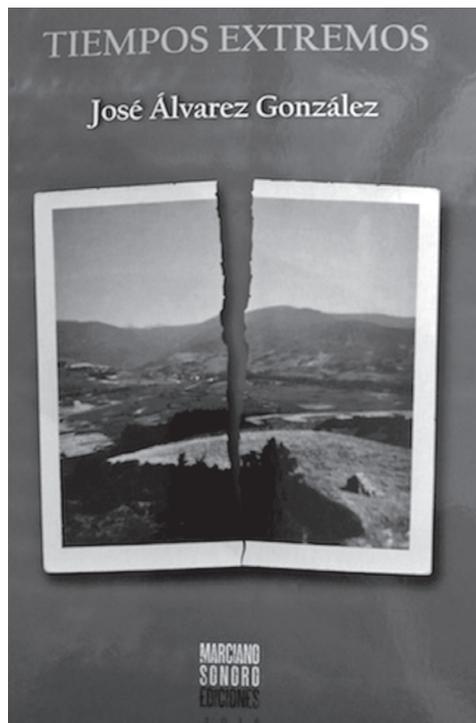
O por lo menos, lo era hasta que leí “Tiempos Extremos”, de José Álvarez González.

Algún libro he leído ya a lo largo de mi vida; algunos me han deslumbrado, otros me han divertido, unos he admirado y un puñado de ellos me han impresionado, pero “*Tiempos Extremos*” me ha emocionado como sólo puede hacerlo quien es capaz de remover tus posos más profundos.

Cuando yo nací habían pasado ya casi veinte años desde el final de la



Pepe, el autor de *Tiempos extremos*



Guerra Civil. Como para la gran mayoría de mi generación, la Guerra Civil era un episodio lejano en el tiempo porque veinte años en la vida de un niño es mucho tiempo.

No recuerdo cuando fui consciente de que en España había habido una Guerra Civil, sólo sé que durante mucho tiempo me causaba tal repulsión que casi prefería participar de la actitud de la mayoría: no mirar para atrás. La paradoja es que, cincuenta años después, me parece todo tan cercano que no entiendo cómo en este país hemos vivido de espaldas a algo tan tremendo.

Cuando era niño notaba que algo no encajaba en aquel Edén casi perfecto. Miraba las caras de mis vecinos y en ellos notaba algo más que el cansancio por el trabajo extenuante. Pero en mi casa, como en la mayoría, supongo, no se hablaba de la Guerra Civil. Alguna vez pregunté, naturalmente, pero notaba que mis padres sufrían con aquellos recuerdos, que sólo querían olvidar. Y yo lo entendía. Ahora me arrepiento.

Si en los años 60 la vida en Quintana, en todos los pueblos del Bierzo, era dura, nos podemos imaginar cómo sería entre 1936 y 1941. O quizá no podamos ni imaginarla.

“Tiempos Extremos” es el mejor

homenaje que José Álvarez González puede hacer a la figura de su padre, y de paso es el tributo del que la mayoría somos deudores. Se lo debemos a nuestros antepasados, a nuestros vecinos, a nuestros pueblos, a nuestra tierra.

Los alemanes lo han asumido. Nosotros aún nos negamos a admitirlo: la redención por el olvido no existe, sólo nos redimimos con la memoria.

“Desde esos pueblos vecinos los falangistas comenzaron a dar batidas frecuentes al pueblo de Quintana en busca de los “rojos”, como eran llamados por los sublevados contra el gobierno. El grupo más temido en Quintana era el que formaban los falangistas de Noceda, dirigidos por un personaje sin escrúpulos apodado y conocido en toda la zona como “el Embustero”, que sembraron el terror y el pánico entre las gentes de aquellos pueblos de la sierra de Gistredo.

Este hombre conocido como “el Embustero de Noceda” había sido vecino del pueblo de Quintana durante unos cuantos meses del año anterior, en 1935, cuando se trasladó a vivir en el pueblo para buscar trabajo en las minas” (José Álvarez González, *Tiempos extremos*, Marciano Sonoro ediciones 2016).

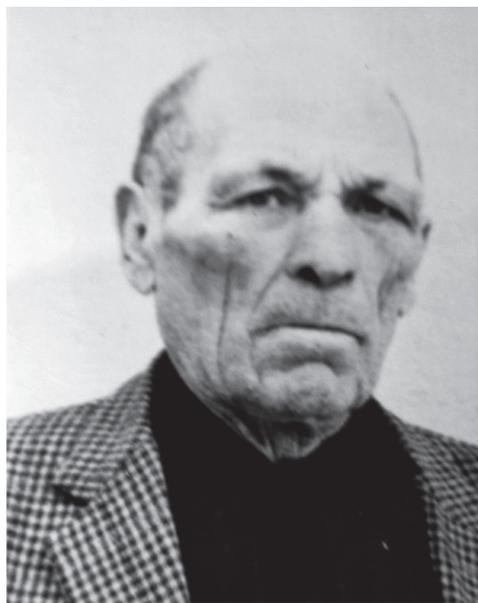
## Pachín, un nocedense de mundo

*Manuel Cuenya*

Conservo un ligero recuerdo de Pachín, ya en su última etapa de vida. Recuerdo el rostro, difuminado, de un hombre asomado a una ventana, acaso fumando. Desde la ventana de mi habitación en la casa de mis padres, en Noceda del Bierzo, veía la casa de mi vecino Manuel González (Manoleto), en la calle Los Moros, donde Pachín (Francisco González García) viviera sus últimos años en compañía de su

hijo Manuel. Algo que me confirman sus nietas Olga y Gelines. Pachín, que fue un nocedense de mundo, incluso diría que de mucho mundo, nació en 1901, a principios del siglo XX, y murió el 16 de julio de 1975, aún vivo el Generalísimo, que tanto daño causara a nuestra España revuelta, convulsa, con una Guerra Civil y una posguerra para echarnos a temblar de puro horror. Como buen fumador, Pachín, que liaba con destreza los cigarrillos, falleció a causa de un cáncer de garganta.

Lástima que no llegara a conocer la transición ni la democracia, porque eso le hubiera hecho, a buen seguro, muy feliz, habida cuenta de que era un hombre de talante liberal, con apertura de mente y mucho ingenio. Quienes lo conocieron, entre otros sus familiares directos, aseguran que tenía gran retranca y le encantaba soltar ocurrencias, hacer chistes, tomarse la vida, en definitiva, con sentido del humor, lo que es indicativo de que era un señor inteligente, despierto, que tuvo la cu-



Pachín

riosidad de viajar por el mundo, de vivir en diversos países, tanto de Europa como de América, en tiempos en los no resultaba tan fácil salir del entorno, del terruño. De todos modos, la adversidad aviva el ingenio y, en tiempos de estrechez y penurias, la gente se espabila y “saca los pies de las alforjas”, por emplear una expresión harto castiza y pintoresca.

Son famosas algunas de sus anécdotas, de sus brillantes ocurrencias y humorísticas sentencias, que en ocasiones hemos contado en *La Curuja*. Como aquella vez en que Don Antonio, el cura parroquial de Noceda, le preguntó:

—Pachín, dime, ¿cuántos cestos de tierra hay en este corón?

—Pues depende Don Antonio -respondió con audacia y cierto relativismo galleguista el bueno de Pachín-, pero si el cesto es más grande que el corón le aseguro que no hay ni uno.

O cuando, durante su estancia en Cuba, se sentó en un buen restaurante a jamar y, cuando hubo acabado, bien *farto* y satisfecho del ágape, le dijo al camarero de marras:

—Usted sabe cómo moscan las vacas en mi pueblo.

—Pues no señor, no tengo ni idea —debió responderle el cubanito, con su acento caribeño, claro.



Pachín con su hermana Pilar

Entonces, Pachín arrancó como un toro de Mihura, echando a todo correr del restaurante ante la mirada expectante del mesero cubano, que al echarle el alto (“pero usted no ha pagado la comida”, debió espetarle), el gran Pachín le respondió categórico: “Así es como moscan las vacas en mi pueblo”.

Pachín, al que calificaban como Rojo, desposeyéndolo incluso de la cantina que regentaba en el barrio de Río de Noceda, sufrió las tropelías de esta Guerra Incivil llegando a permanecer hasta en dos cárceles, a saber, en el hoy afamado parador de San Marcos de León (en ese tiempo convertido en cárcel y campo de concentración) y también en el presidio de Burgos,

según me cuentan sus nietas, quienes aseguran que fue el cura parroquial de Noceda, Don Antonio, quien lo salvó de que lo fusilaran.

Parece ser que también fue perseguido durante la Guerra Incivil por el ‘El Embustero’, que era un fenómeno (por decirlo con suavidad y delicadeza) de mucho cuidadín, un tipo bestial que fuera vecino de Noceda, que Pepe Álvarez nos muestra en su estupendo libro *Tiempos extremos*. ‘El Embustero’ daría para mucha tela que cortar.

Por fortuna, Pachín, que era más listo que el hambre, se refugió, en ese período feroz de nuestra historia, en una cueva enclavada en la ruta de Venreiro (Gistredo).

En la vida de Pachín -además de este tiempo de barbarie, a resultas de la Guerra Incivil-, se pueden establecer dos etapas de viaje, la que corresponde a su época de soltería, que le permitió (antes de incorporarse al servicio militar) viajar por Europa: Bélgica, Holanda e Inglaterra, donde, según me cuenta su biznieta Nuria, su bisabuelo aprendió el reglamento del fútbol, de modo que, cuando regresó a su pueblo, enseñó a los jóvenes nocedenses a jugar a este deporte. Ejercía de árbitro, cuyos partidos arbitraba “con una trompeta como la de los pescaderos, porque no

había silbato”, apostilla Nuria. “En esa época europea les mandaba 200 pesetas a su madre y su hermana Pilar”.

Y su otra gran etapa viajera fue después de casarse con Teresa Rodríguez, que aprovechó para lanzarse a la aventura como emigrante, a hacer (o bien deshacer) las Américas.

Sus destinos fueron Cuba, donde se dice que trabajó como camarero, Panamá, donde estuvo trabajando en el famoso canal, junto a otros paisanos, y la cosmopolita ciudad de Nueva York, donde aprendió a hablar inglés, que, como su amigo y paisano El Petronilo, manejaba con fluidez. O al menos lo chapurreaba.

¡Quién los vería, mano a mano, dándole al inglés! Bueno, en realidad jugaban a las cartas.

Conocida es la afición de Antonio, El Petronilo por jugar él solito a los naipes, al tute.

El Petronilo, a quien llegué a conocer porque era vecino de la Calle La Parada, también vivió en los Estados Unidos. Al parecer, leía periódicos en inglés. Y en sus últimos años de vida estaba sordo como una tapia.

Pachín, tan chistosito y cosmopolita, es como nuestro ilustre “Goucho Marx”, un nocedense de mundo.



## Entrevista a Pepe Álvarez de Paz en *el Faro de Vigo*

**José Álvarez Paz:**

*“Dejé de ser cura y me hice abogado para estar del lado de los pobres”*

**B**erciano de origen y gallego de adopción, era parlamentario por el Partido Socialista cuando el guardia civil Antonio Tejero irrumpió en el Congreso para dar el golpe de Estado.

Nació en **Noceda del Bierzo** en 1935 y su infancia transcurrió ante el “latín dos canteiros”, “o verbo das arginas”, el lenguaje utilizado por el gremio de canteros de Galicia, especialmente de la provincia de Pontevedra, que construían los edificios pétreos de su pueblo. Ante su casa familiar pasaba una calzada romana hacia Galicia y había una pradera llamada la “veiga”, pero entonces no imaginaba que iba a ser en Galicia el **último gobernador civil de Pontevedra** ni que Galicia sería, tras retirarse, su Tierra Prometida, Baiona concretamente.

Seminarista en Astorga en 1946, cura desde 1957, díscolo con la Iglesia oficial, proclive a la de los pobres y hasta

cantante protesta, abogado laboralista tras secularizarse en 1970, fue concejal y diputado socialista por León en varias legislaturas en aquella España de la Transición en la que vivió desde el escañón el 23-F, y fue también parlamentario europeo entre 1986 y 1994 siempre en temas de carácter social y laboral. Gobernador civil en los años 90 de Pontevedra, en 1996 volvió a su despacho laboralista hasta su retiro en 2006.

**Niñez en Noceda del Bierzo:** “Mi niñez transcurre en una casa de piedra hecha, como el resto del pueblo de Noceda, por los canteros de Carballiño, que por las noches, a la luz de la lumbré ante la lareira, nos contaban historias de tesoros escondidos y caracolillos de oro en la isla de Ons. Los niños de Noceda no imaginábamos constructores que no vinieran de Galicia.

Recuerdo en una catequesis, a la pregunta del buen párroco don Anto-

nio, cómo respondió raudo mi compañero Santiaguín a la pregunta de quién hizo el mundo: “El mundo lo hicieron los gallegos”, dijo, respuesta no válida para la teología especulativa, pero bien razonada.

En aquella casa y familia de derechas, donde mi madre era la mayor de catorce hermanos, viudos al acabar la guerra civil ella y mi abuelo, crecimos felices mi hermano y yo, aprendiendo algunos principios del socialismo democrático: nada de justicia igual para todos, la justicia que trata igual a los desiguales sirve para perpetuar las desigualdades.

En aquella casa a cada uno se le daba lo necesario y se le pedía lo que pudiera dar. Así al pobre de Voces,

quien todos los inviernos llegaba con su burro mal alimentado y se le acogía hasta que pasaran las nevadas, nada podía aportar, siendo gran inválido y pobre de pedir.

Nuestra madre nos dormía rezando por los caminantes, de rostro desconocido, pero necesitados de nuestra ayuda. Mi abuelo era muy emprendedor, bodega, fábrica de leche pasteurizada, panadería, hasta una pequeña explotación carbonífera.

Mi tío Esteban, el alcalde más joven de España, se negó ante el gobernador civil Arias Navarro a que la cruz de los caídos fuera un homenaje a los vencedores por lo que fue destituido como jefe local del Movimiento, pero en Noceda no hubo cruz de los caídos,



esa vergonzosa memoria selectiva en las iglesias de toda España. Como no podían figurar los nombres de todos, no hubo cruz”.

**Seminario:** “Paseando con mi madre por la muralla de Astorga, vimos a unos seminaristas jugando con una pelota de goma y le pregunté si en el seminario se jugaba al fútbol. Así empezó mi vocación, por cierto que jugué en el equipo del seminario y casi siempre le ganábamos al Astorga, porque éramos unos setecientos, aunque mal alimentados.

Leyendo a Solzhenitsin su famoso relato sobre un día en un campo de concentración soviético, comprendí que en el Seminario había días peores. Malos recuerdos de los que así mismo se llamaban “los superiores”, que nos imponían durante las comidas la lectura del Kempis y la historia de la Cruzada española, ellos bien alimentados, hambrientos nosotros. Buenos recuerdos de los profesores, algunos de un nivel superior y un trato agradable, especialmente don Ernesto, bajo cuyo magisterio llegamos a representar a Sófocles en griego”.

**De cura.** “Me hice cura a los 22 años, con una dispensa del Vaticano

porque con menos de 24 no se podía ordenar a nadie. Quitarle los miedos religiosos a la gente era nuestro trabajo colectivo, moviéndonos como pez en el agua varios amigos de la última hornada de curas por el macizo de Peña Seo, la tierra del Wólfram, donde no hice caso al sacristán de Viariz cuando me aconsejaba vivir con la maestra, “ela solteira, tu solteiro, qué millor...”, pero sí le entendí cuando al comunicarle la muerte de Pío XII, respondió: “Dios o haxa perdoao”.

Lo que sí me quedó claro es lo mucho que se aprende viviendo y compartiendo con los pobres y su dignidad”.

**Secularización:** “Cuando en la segunda parte del Concilio Vaticano II el obispo Marcelo de León se pasó con Ratzinger al otro bando, nos quedamos sin apoyo de la jerarquía quienes desde Cáritas ayudábamos a los mineros asturianos en sus primeras huelgas. Me destituyeron como consiliario y la emisora que habíamos creado en Ponferrada fue clausurada por Fraga Iribarne.

Comprendí que no había espacio para mí en la Iglesia si quería estar con los de abajo en vez de los de arriba, y opté por lo primero. Con la seculariza-

ción vino después el mejor regalo que recibí en la vida: Teresina, mi mujer, y mi hijo David. Desde entonces fui abogado laboralista.

**Abogado laboralista:** “En 1970, ya obtenida la secularización, empecé a dar clases de Economía en la Escuela Social de la Universidad de León. Estar con los perdedores, como mi madre me había enseñado, era lo que yo quería, y abrí en Ponferrada un despacho laboralista colectivo. Cuando no había sindicatos ni partidos, antes de la Transición, los laborlistas éramos una tribu, el germen de sindicatos y partidos políticos de izquierda. Todo se hacía en nuestros despachos, y periódicamente nos reuníamos en Madrid por una revista común. Recuerdo a Enrique Barón, a Manola Carmena, luego del CGPJ, a Elvira Landín...

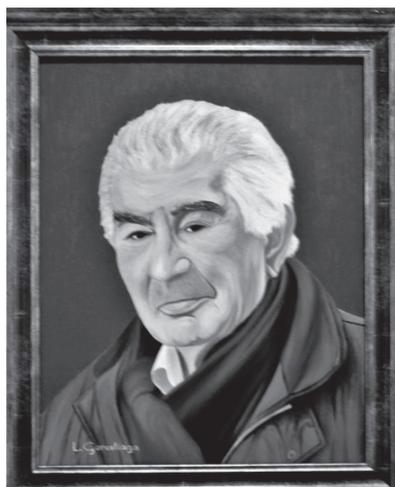
Estábamos muy politizados y nuestros despachos muy mal vistos por la policía franquista. Yo tenía en Ponferrada muchos clientes gallegos pero también de ámbito nacional, como los aprendices de la RENFE, que defendí cuando ésta quiso disminuir personal pero por abajo en vez de por arriba, donde recalaban sin pegar golpe muchos beneficiarios del régimen. Lo

cierto es que, aunque luego tuve una larga etapa política, nunca me di de baja en la abogacía hasta mi retiro porque era mi seguro de vida para ser libre en política”.

**Política:** “De abogado laboralista de aquellos a la política había un paso muy coherente. Igual que el padre Las Casas se preguntaba cómo se podía ser cristiano si no se reconocía la dignidad de los indígenas, una persona que toma conciencia como cura y con el Derecho no puede aceptar un sistema que vive sobre la miseria de la mayoría y en el que unos pocos se apropian de todos los beneficios del consumo.

Ya afiliado a la UGT, entré en la política por la Federación de Partidos Socialistas, cuyo líder en Galicia era Beiras, en Andalucía Rojas Marcos, en Cataluña Raventós y en León yo. Si me preguntaran porqué entré en la política respondería con una frase de mi amigo el poeta Antonio **Gamonedá:** la vida que yo amo es una vida más justa.

En la legislatura democrática constituyente fui candidato al Senado con el compositor Cristóbal Halfter y Miguel Cordero, rector de la Universidad de León. En la segunda ya fui como militante del PSOE y en la tercera con



El poeta Gamoneda retratado por el artista Lorenzo Gorostiaga

Zapatero como número 2. Ya en el Parlamento en el europeo fui miembro representante de Europa en la asamblea ACP, que agrupa a los 70 países más pobres del mundo”.

**La Transición:** “La política es arte de lo posible, nunca una obra de arte; el político que quiera hacer una obra de arte o no hace nada o deriva en el totalitarismo, el populismo, el mesianismo.

Decía el profesor Tierno, a quien visité algunas tardes en su casa de Madrid en compañía de otro diputado amigo suyo, que todos los anti-demócratas desprecian los pactos, que el pacto es la mejor fórmula para avanzar en la convivencia social, que no es lícito presumir de caché de izquierdas

cuando nos estamos jugando el cocido de los más desprotegidos.

Así en la Transición hicimos lo que pudimos, que no fue poco, aunque todo es mejorable. El escritor chileno Luis Atienza dice en *Le Monde Diplomatique* que desde Azaña hasta nuestros días ningún político de la Transición anduvo sobrado de neuronas.

Me pregunto cómo con tanto encefalograma plano fue posible hacer un ejército golpista, unas fuerzas armadas al servicio de la soberanía popular, o implantar uno de los mejores modelos sanitarios del mundo. Y también me pregunto cuánta pereza intelectual se necesita para no conocer lo que está tan escrito y publicado: que los socialistas españoles aquí y en el Parlamento Europeo, sí nos ocupamos de controlar y regular los excesos deslocalizados de las empresas multinacionales y de la UNICE, o de preservar y definir el Modelo Social Europeo. Lo digo como ponente de ambas iniciativas en Estrasburgo”.

**Pontevedra:** “Cuando llegué a Pontevedra como gobernador civil ya sabía algunas cosas, aprendidas en grupos especializados de A. Católica con el método dialéctico de la revisión de vida: del ver, juzgar y actuar.



Plaza de la Leña en Pontevedra

No se puede transformar la realidad si no se la conoce en profundidad.

Por eso dedicamos los primeros meses a recorrer la provincia y visitar los ministerios relacionados con el presupuesto disponible, debatiendo todo ello en la Junta Provincial de Seguridad. Una junta de seguridad que era un lujo: José Luis Aparici, Enrique Mora Morandeira, Luis García Mañá, Marga Elessp, Manolo Ezquieta, el comandante Iglesias...

Luego viene el actuar, pues en política no se puede marear la perdiz, hay que tomar decisiones, aún a riesgo de

equivocarse. Con la supresión de los gobernadores civiles, tributo que pagó Felipe González a los nacionalistas, me volví por fin a mi antiguo despacho de laboralista, en el que estuve hasta 2006, cuando una grave enfermedad me obligó a retirarme.

Ahora vivo en Baiona de Galicia, villa bautizada por el emperador de León, Alfonso IX, que dictó una Carta Puebla que dice:

*“Este es un sitio donde los mayores deben respetar a los menores y los menores a los mayores. Un buen lugar para vivir”.*



## Amasando cansancios

*Laly del Blanco Tejerina.*

Narradora leonesa

*Con voz poética y sensibilidad, la autora de este relato nos invita a realizar un fascinante viaje a través del tiempo, que nos devuelve a otra época, la patria de la infancia, donde los recuerdos recobran una vida intensa (el editor de La Curuja, M. Cuenya).*



Laly del Blanco Tejerina

Desde un banco de piedra, a la puerta de mi casa, y bajo una destartalada galería, observo Las Muñecas, mi pueblo. Es tan pequeño

que, con un giro de cabeza a derecha e izquierda, lo veo casi entero.

Apenas una docena de casas abrazadas por dos ríos tan pequeños que nunca merecieron un nombre y que, al terminar el pueblo, se juntan formando el Tuéjar, que se va silencioso, sin decir ni adiós, buscando un mundo más grande.

Salgo por ese camino grisáceo, de hierba reseca y tierra que da a mi casa, pero a pocos metros algo me detiene: es el olor a pan, a calor, a dulce y salado... es la hornera. Un habitáculo de piedra sin valor ninguno y atiborrado de cachivaches, que un día fueron objetos útiles, y hoy, con la labor cumplida, descansan abrigados por un manto de polvo, telarañas y olvido.

Me encuentro un cesto roto, la piedra de afilar las guadañas, unas madreñas, que aún conservan el barro reseco de algún camino...

Y allí esta ella: mi madre, inclinada sobre una enorme artesa, envuelta por un sutil polvillo blanco que envejece, aún más, su eterno pelo gris. Silenciosa... como siempre; amasando una mezcla hecha de harina, amor y cansancio; dando forma a las hogazas que, tras su paso por el horno, acabarán en un arcón donde reposaran unos días, no tantos como ella quisiera, porque nueve hijos son muchas hambres que saciar.

Me siento sobre un centenario y tosco escaño, que resiste en pie por la rudeza de sus tablas, y observo. La escena no puede ser más entrañable: allí se libra en silencio una batalla de sonidos, de olores y

fatigas, imposibles de percibir si no miras y escuchas con el alma.

Oigo el chasquido de una chispa, que me trae el olor a leña ardiendo y al pan que cuece lentamente. Una bocanada de humo azulado se escapa furtivamente del horno, parece pacífico, pero se transforma en jirones que me alcanzan y me abrasan la garganta y los ojos.

Oigo un quejido de madera, es el techo que reclama mi atención: unas vigas escondidas por la mugre de tantos años, encorvadas por el peso de la matanza, oliendo a salitre. Es entonces cuando entiendo el empeño por criar

aquel cerdo maloliente y gruñón, que nunca llegué a comprender cómo, muriendo cada año en aquella macabra matanza, seguía estando allí, porque yo pensaba que era siempre el mismo cerdo.



Ahora siento el susurro de la harina que me devuelve a esa masa blanda y cariñosa, tan dolorida ya, como las manos que se empeñan en estrujarla y convertirla en pan.

En la esquina de la hornera se amontonan unas patatas rojizas y arrugadas, arrinconadas por unos travesaños. Me traen olor a tierra, a sudor de mi padre excavándolas, y oigo los gritos de media docena de hermanos, recogiénolas en cestos, que luego volcarán en el carro.

Dos viejas lecheras oxidadas me transportan a esa cuadra que huele a calor animal y a abono seco, mientras veo a mi padre ordeñando, sentado en un diminuto taburete, con la cabeza apoyada en la panza de Mimosa, la enorme vaca pinta. Esto me trae el olor y el sabor calentón de la leche recién ordeñada, a mi madre hirviéndola y sacando una gruesa capa de nata, destinada a las meriendas: las tostas de nata y azúcar que se quedaron grabadas en mi memoria.

Me despierta, al amanecer, un ruido lejano que, aunque es un sonido familiar, sigue asustándome: es Anselmo, el lechero, recogiendo en el río las zafras de leche y subiéndolas a su atronador camión.

Al lado de las lecheras, apoyados en

la pared, unos sacos de trigo esconden olor a polvo y el dolor del trillo en las faenas agrícolas. Mirándolos, me llega el griterío de la gente en la era, capaz de convertir un agotador día de trilla en casi una romería: hombres sudorosos, niños saltando sobre los trillos, mujeres preparando gavillas, mientras otras organizan la comida colectiva a la orilla del río, donde acaba todo el pueblo al medio día, a la sombra de las salgueras, dando tregua a sus cuerpos.

Colgado en la pared hay un candil, la única luz que ilumina a mi padre en la mina; esa tumba negra donde está enterrando su vida y cubriendo de carbón sus sueños, sin importarle, porque para él, Virginia y sus hijos son su única vida, y que no nos falte nada, su único sueño.

Ahora me huele a carbón y a tristeza.

Y así, sentada sobre este escaño, hipnotizada por tantos sonidos (que ya no suenan), por tantos olores (que ya no huelen), por el calor de fuego y de madre, y rodeada de tanto cansancio viejo, he hecho un viaje por el tiempo y he visto la dureza de unas vidas... a través de los objetos de una vieja hornera, que me devuelve, como si fuera hoy mismo, a aquellos años de infancia.



## Pepe de Noceda, el último herrero del Bierzo

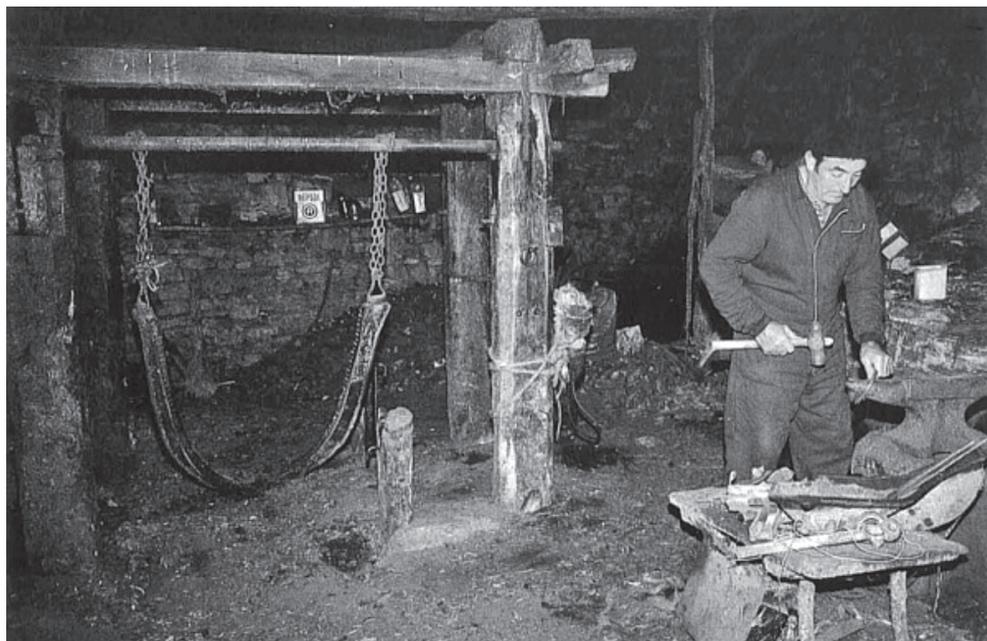
Valentín Carrera

Periodista, escritor, cineasta, editor, bloguero: **www.horizonteantartida.com** y aventurero, con orígenes en Noceda del Bierzo por vía paterna. Autor de libros de viajes y ensayos. Fue cronista de la primera expedición española a la Antártida. Y, en la actualidad, está enrolado en una nueva Expedición Científica Española a la Antártida, navegando a bordo del buque oceanográfico Sarmiento de Gamboa. “Desde la Antártida veo más claro que nunca El Bierzo como un país glo-cal (global+local): capaz de formar parte del mundo global, y comprender cómo el cambio climático global afecta ya a nuestra vida cotidiana, y a la de nuestros hijos e hijas; sin perder nunca las raíces nutrientes del microcosmos local, nuestro ADN berciano... Al sentirme berciano en la Antártida -escribe el expedicionario en su blog-, quiero recordar a cuatro paisanos ilustres que desde su tierra, o lejos de ella, nos señalan los cuatro puntos cardinales: al Norte, desde Berlín, **Enrique Gil y Carrasco**, inmenso viajero por toda Europa, ejemplo de amor al Bierzo, sin dejar de ser nuestro romántico más europeo y cosmopolita. Al Sur, desde las Islas Salomón, don **Álvaro de Mendaña**, natural de Congosto, Adelantado del Pacífico, que navegó estos mares. Al Este, desde Barcelona, **Ramón Carnicer**, maestro de los libros de viaje como *Donde las Hurdes se llaman Cabrera* y muchos otros, modelo de rigor, amenidad y fino humor. Y al Oeste, desde el Mirador de Orellán en Las Médulas, **Elvio Nieto**, compañero inseparable del fotógrafo **Amalio**, inventores del senderismo berciano”.

**H**a fallecido mi amigo Pepe, el herrero de Noceda. Quizás quede alguno más de su quinta, pero Pepe representa el fin de una generación y de un oficio (que sigue practicándose de otro modo). Lo conocimos en la primavera de 1988, cuando Anxo

Cabada Alvarez y yo llegamos a la puerta de su casa a caballo, empapados por la lluvia y su mujer nos acogió a la lumbre.

Estuve hace pocos meses en su casa de Noceda y, con sus achaques, conservaba aquella fortaleza mental y aquel



carácter capaz de dominar a un caballo sobre tres patas.

Hoy se ha ido y quiero darle desde aquí nuestro último adiós, y recordarle tal como le conocimos: fuerte como un roble, amable y hospitalario. Quiero recordarle con las palabras que entonces, en 1988, escribí gracias a él en *El Viaje del Vierzo*:

#### **El herrero de Noceda.**

Es inútil conjurar a la lluvia: el camino es un puro charco y los viajeros somos nubes andantes, centauros de agua, desafiando las leyes de la razón: los coches que pasan nos miran extrañados, como locos escapados de algún manicomio o extras de una película pobre.

Llegamos tan tarde y tan empapa-

dos a Noceda que la mujer de Pepe el Herrero se apiada de nosotros, y nos invita a pasar al calor de la cocina de hierro. Cuando llega Pepe, se detiene a inspeccionar los caballos. Les abre la boca y estudia los dientes, levanta los cascos y observa el estado de las herraduras, los acaricia, entre cariñoso y enérgico. Parecen viejos amigos.

En un pajar remozado, movemos un tractor a fuerza de brazos, para disponer un establo cómodo. *Dorada* bebe un caldero de agua, *Gitana* – siempre ansiosa – bebe dos, y *Roque* no tiene sed. Quizás presiente que mañana le toca pasar por el potro.

Cuando amanece, ya el hierro al rojo vivo se retuerce y se moldea en la

fragua, maleable como plastilina, sobre el yunque que Pepe golpea con fuerza, con destreza, sin piedad.

El fuelle resopla, las ascuas brillan más que los tizones del infierno, y el hierro quiere derretirse en un beso líquido y ardiente, sobre la fragua.

Los caballeros desayunamos la parva de orujo, y leche ordeñada por la mujer de Pepe, pues la vaca recién parida no soporta la ordeñadora mecánica. Estamos plenos de energías, frescos como la mañana, dispuestos a aprender un oficio nuevo.

Pronto están dispuestas las herraduras de *Roque*. El pujavante va y viene sobre la pezuña renegrida, como una

garlopa pelando virutas. Javier sujeta con fuerza las manos de *Roque*, para que Pepe pueda trabajar a gusto. Yo tengo cuenta de las riendas y la cabezada, para que no se mueva, y Anxo hace fotos.

El caballo se resiste, ejerce una terrible fuerza en la extremidad doblada, que le obliga a permanecer sobre tres patas, en precario equilibrio. El animal protesta y se defiende como puede, logra soltarse y amaga una coz.

Pepe —que ya está retirado y solo atiende a caballeros andantes—, domina el oficio, y cuando se cabrea prescinde de ayudas, sujeta él mismo una mano de *Roque* entre sus rodillas y coloca los clavos con tres golpes certeros.

Con las patas traseras, sin embargo, la cosa se complica:

— ¡Pórtate bien, *Roque* —le advierte Pepe—, mira que sé hacerlo de otra manera!

El caballo no quiere entender, se revuelve, cocea violento. Se ha puesto nervioso y tenso. Pepe recurre al chupete, un torniquete de madera que ajustado sobre los sensibles morros del caballo, le causa terrible dolor y le obliga a rendir su fuerza bruta. Con el chupete, *Roque* entra en razón y Pepe coloca las dos herraduras posteriores. Estamos listos para partir. ◆





Susana Barragués Sainz.  
Poeta y narradora leonesa

## LA PELOTA

Soy el escarabajo pelotero. El novecientos onceavo después de las últimas lluvias, hembra.  
Nací y crecí en este barro, y en este barro moriré.  
Reflejo el sol en mis élitros brillantes, en mis alas metálicas chapadas.  
No comprendo que todas las cosas no sean yo.  
No comprendo que todas las cosas no tengan el mismo afán que el mío.  
No comprendo que todas las cosas no sean escarabajos peloteros.  
No comprendo que las otras cosas no hayan descubierto el transporte por rueda.  
No comprendo y de ese no comprender sale mi alegría de empujar mi bola de estiércol caliente.  
Algo chispea en mi corazón.  
Es imposible, es increíble, es extraordinario que haya estiércol.

Calculo el radio y el peso, apelo a la montaña,  
trabajo la plenitud concéntrica y en mí comienza la magia del rodamiento.  
Existe mi casa y a ella vuelvo, con devoción y fe. Así están en paz las cosas.  
Todas las flores saltan, todas las cosas van contando su verdad, todo se ordena.  
Aproximándome a eso tan parecido a Dios que es la esfera.  
Hace tiempo que toqué la médula del amor y ahora sólo quedan los caminos.  
Mis huevos nacerán a la vez dormidos y despiertos en los dos mundos,  
el mundo que rueda por sí solo y el que se deja rodar.  
Nada le he hecho a la tierra, ningún dolor he causado jamás.  
Nunca gané nada que no fuera mi pelota.  
No conozco ni la palabra sorpresa ni la palabra banquete.  
Me ahogaría en indiferencia ante el florecimiento de una rosa.  
Veo cómo cambia de color, mi bola se tuesta con el sol, luce en ella una brizna de paja,  
el horizonte es azul y su límite está envuelto en un halo con el mío.  
Yo tengo que vivir haciendo esta cosa tan concreta: transportar la bola de espaldas.  
El viento barre. Entretanto, avanzo, empujo mi pelota.  
Me oriento por el sol y las estrellas.  
Estoy como creando una fuerza de rodillo ultraterreno.  
Se va formando un todo que se va engrandeciendo.  
Porque igual viene de golpe  
otra época de alegría, por eso me levanto,  
empujo, invento la esperanza. Qué quiero decir.  
Que hay una fuerza, que parece que ya  
que hay símbolos, señales, que dicen que estoy a las puertas de mi casa.  
¿Soltaré mi pelota caliente? ¿La haré rodar por la cuesta suave del umbral?  
Al aumentar esta pelota parece que se genera futuro.  
¿Qué es esto? Una bola diferente, con plumas, huesecillos, y una perla.  
La suave pelusa de su esfera me hace dudar cuál empujar.

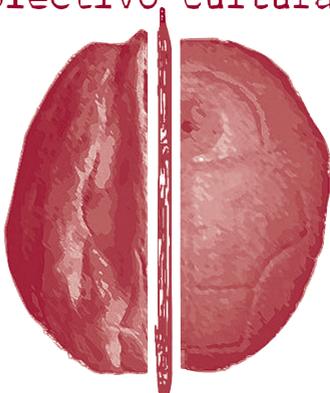


Café Bar Paco  
C/ Arcos, 28  
Tlf.: 987 517 158  
24319 Noceda del Bierzo  
(Paco)



Café Bar Las Chanas  
Plaza de San Isidro, s/n  
Tlf.: 628 935 827  
24319 Noceda del Bierzo  
(Laura y Tania)

Colectivo Cultural



**LA IGUIADA**  
[www.nocedadeltierzo.com](http://www.nocedadeltierzo.com)



**Peñalba**  
**Impresión, s.l.**

Travesía Bellavista, s/n  
24400 Ponferrada

Tfnos. 987 42 68 44 - Fax 987 40 99 12



DIPUTACIÓN  
DE LEÓN



INSTITUTO  
LEONÉS DE  
CULTURA



AYUNTAMIENTO  
DE NOCEDA  
DEL BIERZO